VAE VICTIS! PERDEDORES EN EL MUNDO ANTIGUO

Col·lecció INSTRUMENTA 40

Barcelona 2012

VAE VICTIS! PERDEDORES EN EL MUNDO ANTIGUO

Francisco Marco Simón
Francisco Pina Polo
y José Remesal Rodríguez (Eds.)

Índice General

Introdución 9
(Francisco Marco Simón , Francisco Pina Polo, José Remesal Rodríguez)

"Vencidos por nuestras propias diferencias": relatos atenienses sobre la derrota de 405 a.C. 13
(Laura Sancho Rocher)

Soberbia y molicie: Cambises, Jerjes, Darío III Codomano y otros ilustres perdedores aqueménidas 43
(Manel García Sánchez)

Amasi e Filippo V: il destino di due re sconfitti nella storiografia antica 57
(Attilio Mastrocinque)

Veteres candidati: losers in the elections in republican Rome 63
(Francisco Pina Polo)

Roman attitudes to defeat in battle under the Republic 83
(John Rich)

L'or des vaincus: travestissement et occultation des transactions financières dans la diplomatie de la Rome républicaine 113
(Marianne Coudry)

Cecilio Estacio: ¿un prisionero galo? 133
(Gabriel Sopeña Genzor)

L'histoire de deux défaites: Tolosa et Caepio (106-105 av. J.-C.) 141
(Pierre Moret)

Gentes alpinae sub imperium p.R. redactae. I postumi di una sconfitta 153
(Alfredo Valbo)

Sobre los mecanismos de integración de los vencidos en el Occidente romano-republicano. Algunas observaciones 161
(Enrique García Riaza)

Iconografía de la derrota: formas de representación del bárbaro occidental en época tardorrepublicana y altoimperial 177
(Francisco Marco Simón)

Aut bellis gravia, aut corrupta morbis: la visión de Orosio (*Hist*. VI) sobre las víctimas de guerras y desastres en el siglo I a.C. 197
(Antoni Ñaco del Hoyo – J. Cortadella Morral)

De Emperador a depredador 217
(José Remesal Rodríguez)

El retrato de un perseguidor: la derrota y muerte de Maximino Daya en la historiografía cristiana 229
(Mar Marcos Sánchez)

Proclamo quod ego synagogam incenderim... - Ambrosio de Milán, Severo de Menorca y el incendio de las sinagogas de Calínico (388) y Magona (418) 245
(Sabine Panzram)

La agonía de un pagano de provincias 261
(Clelia Martínez Maza)

Índices analíticos:
- de fuentes 275
  - literarias
  - epigráficas 288
  - papirológicas
- de personajes
- de lugares 291
- de materias 292

Soberbia y molicie: Cambises, Jerjes, Darío III Codomano y otros ilustres perdedores aqueménidas

Manel García Sánchez
Universidad de Barcelona - Grupo CEIPAC*

Si el *dictum vae victis* tuvo su origen en un conflicto entre galos y romanos, entre la barbarie y la civilización, pocas veces en el mundo antiguo la suerte del vencido estuvo más a merced del vencedor como en el caso de los Aqueménidas. De hecho, en la historia de las relaciones grecopersas o egipciopersas los Aqueménidas no fueron siempre perdedores. Es más, sus derrotas, antes de la aparición en escena de Alejandro Magno, no fueron ni tan lesivas ni tan letales para el imperio como las fuentes clásicas y la historiografía hasta hace bien poco tiempo cansinamente no han cesado de afirmar. Pero ello no importa, ya que como nos recordó Nietzsche *las verdades son ilusiones de las que se han olvidado que lo son*, que para un pueblo, el griego, o una tradición, la nuestra, han llegado a ser obligatorias, que han sido adornadas, entonces y ahora, poética y retóricamente, y que un prolongado uso ha convertido en canónicas, es decir, encubrimientos, operaciones de maquillaje, justificaciones y autojustificaciones al servicio de una reconstrucción interesada de lo que sucedió realmente, sentimientos tan humanos como el miedo cuyo resultado no es otro que la creación de mitos y leyendas, de caricaturas y de clichés, que auxiliaron a un pueblo, el griego, necesitado de un paliativo del pavor que generó el bárbaro, el enemigo de frontera, la alteridad, un mecanismo de defensa para reducir la angustia. La fortuna no fue propicia para los Aqueménidas, y su fama, su mala fama, fue víctima, salvo contadas excepciones, de una triple conjura: la de la tradición clásica, la de una parte de la tradición egipcia y la de la tradición occidental. La *Biblia*[1], en cambio, se mostró más condescendiente porque

* Investigación financiada con el proyecto HAR2011-24593.
[1] E. M. Yamauchi, *Persia and the Bible*, Gran Rapids, 1996[2].

con los persas y Ciro el Grande los judíos deportados volvieron a su patria y gozaron de una libertad que el despiadado Nabucodonosor II les había negado, un triunfo de la bondad y la libertad sobre la tiranía que Gioachino Rossini llevó a escena en su ópera *Ciro in Babilonia* (1812). Los conjurados lo tenían fácil porque los Aqueménidas y la Persia antigua formaban parte de ese mundo oriental -Asia dirían los autores clásicos- a partes iguales fascinante y sensual, exótico y violento, atrabiliario e irracional, bárbaro en resumidas cuentas, un mundo que occidente ha actualizado arteramente desde la antigüedad y a lo largo de los siglos[2]. Por si el mal no fuera poco, los Aqueménidas no gozaron de mejor fortuna en la tradición irania de los reyes semimíticos (*kavis*), y los cantores persas de *res gestae*, como Firdusi en el siglo XI o Nizami en el XII, paradójicamente rememoraron antes las gestas de Iskandar, el Alejandro iranio, que las de sus Grandes Reyes aqueménidas[3].

Los Aqueménidas, salvo ilustres excepciones como Ciro el Grande, Darío I, Artajerjes I o Ciro el Joven devinieron y han devenido en la tradición un contramodelo moral, el de la soberbia (*hýbris*) y la molicie (*tryphé*), siempre execrable, siempre desmesurada. No sólo en el campo de batalla y en el contexto de la *andreía*, sino también en su cotidianidad, la de las formas de la comensalía o del vestido, por ejemplo, o la de cualesquiera de sus creaciones culturales, las de su *éthos* o de su *mos*, nos han sido presentadas como manifestación por antonomasia del vicio, del lujo, de lo superlativo, del exceso, como sinécdoque o antonomasia de la alteridad perdedora en el mundo antiguo: la de un Ciro valeroso que cometió el fatal error de delegar en el harén, en manos de mujeres y eunucos, la educación del heredero, la de un Cambises enajenado y sacrílego en aquella tierra poblada de dioses que fue Egipto, la de un Jerjes impío, megalómano e insaciable de imperialismo, la de un Darío I o un Artajerjes II demasiado volubles a los caprichos de sus esposas o madres, o un Darío III Codomano cobarde y medroso como pocos. Demasiadas faltas y demasiado graves para no resultar sospechosas. La cautela como historiadores debe pues imponerse y hacer justicia a unos reyes, los Aqueménidas, y a un pueblo, el persa, que edificaron uno de los imperios más grandes y eficientes de la antigüedad, y básicamente, justicia obliga, para que la suerte del vencido no se encuentre tampoco en este caso solamente a merced de la retórica y la memoria del vencedor[4].

La representación de los Aqueménidas en el imaginario clásico estuvo condicionada siempre por un a priori y por un prejuicio etnogeográfico, a saber, que los persas y sus Grandes Reyes estuvieron dominados precozmente por todos los vicios, muchos de ellos consecuencia directa de un determinismo geográfico que hacía de Asia una tierra de molicie, de *tryphé*, que forjaba carácteres blandos[5]. Poco importa que los griegos supiesen que aunque los persas fueron vencidos en Maratón o en Salamina dirigieron entre bastidores la política helena y la del Mediterráneo oriental hasta la

---

[2] E. W. Said, *Orientalismo*, Barcelona, 2003; M. García Sánchez, "Los bárbaros y el Bárbaro: identidad griega y alteridad persa", *Faventia* 29/1 (2007), 33-49.

[3] A. Christensen, *Les Kayanides*, Copenhague, 1931; y *Les gestes des rois dans les traditions de l'Iran antique*, París, 1936.

[4] Por fortuna, la reescritura de la historia aqueménida es un renovado proceso de larga duración de más de treinta años, cuyos nombres más ilustres han sido o son H. Sancisi-Weerdenburg, P. Briant o J. Wiesehöfer. Quizás algunas de esas nuevas maneras de interpretar la historia aqueménida han sido injustas en la valoración de las fuentes griegas y romanas y su representación de la alteridad persa, o incluso excesivamente *filopersas*, pero no es menos verdad que sigue existiendo una fuerte resistencia entre los helenistas a mostrarse críticos con los autores clásicos y hacer justicia a los persas. Tan solo un recorrido superficial sobre la representación de la alteridad aqueménida, arsácida o sasánida en el mundo clásico revela que la mirada griega o romana fue cualquier cosa menos una mirada inocente. Es por ello que deberíamos también extremar la prudencia y no mostrarnos menos críticos frente a ensayos revisionistas, estimulantes y polémicos como el de Th. Harrison (*Writing Ancient Persia*, Londres, 2011) y su pretensión de haber dado aristotélicamente con el término medio o *mesótes* hermenéutico al interpretar lo que sucedió realmente entre griegos y persas.

[5] Muchas de las ideas defendidas en este trabajo fueron desarrolladas extensa y pormenorizadamente en M. García Sánchez, *El Gran Rey de Persia: Formas de representación de la alteridad persa en el imaginario griego*, Barcelona, 2009.

llegada de Alejandro. Fueron muchos los griegos ilustres que *medizaron*[6], no menos los mercenarios que se acercaron al Gran Rey en busca de fortuna o simplemente para sobrevivir[7], e incluso verdaderos azotes para los Aqueménidas como Temístocles o Pausanias buscando refugio llamaron a las puertas de los palacios del rey cuando sus conciudadanos fueron víctimas de esa irracional pasión helena por defenestrar o condenar al ostracismo a sus estrategas y políticos más ilustres[8]. De ello se lamentaba el espartano Agesilao, *philéllen* y *misopérses* (X., *Ages.* 7, 4-7), cuando exclamaba *¡Ay de Grecia, que ha matado por sí misma a tantos cuantos serían suficientes para vencer a todos los bárbaros!* (Plu., *Ages.* XVI; Plu., *Reg. et. imp. apophth.* = *Moralia* 191B; Plu., *Apophth. Lakon.* = *Moralia* 211E; *cf.* E., *IA* 370-373).

Todos y cada uno de los géneros literarios, sin excepción, construyeron su infamante representación de la alteridad persa, definida como la muestra por antonomasia de la *tryphé* (molicie) y la *hýbris* (soberbia), de la arrogancia, la lujuria, la desmesura y la barbarie. Al concepto de bárbaro se sumó el concepto de asiático, de oriental, y Esquilo en *Los Persas* fue el primero en crear el estigma de la sospecha que en el futuro iba a significar oriente, y el talante del Gran Rey en particular: soberbia y molicie, exceso y crueldad, sacrilegio e impiedad, también imágenes de la derrota y de la huída, derrota en el campo de batalla y también derrota en el ámbito de la moral[9]. Ese estereotipo se consolidó con fuerza en toda la tradición clásica, no sólo en la antigüedad, sino también en la larga duración, en la ópera, en la novela histórica, en el cómic, en el cine o en la divulgación histórica de altísima calidad, siendo lo habitual suscribir sin reservas la aseveración ilustrada de Condorcet de que la luz de las ciencias y el progreso del espíritu humano venció a las tinieblas y al despotismo oriental en la batalla de Salamina o que lúcidas plumas de la historiografía griega, como la de Paul Cartledge, o escritores de novelas históricas de éxito, como Tom Holland, confundan voluntaria o involuntariamente a los profanos trazando una infamante e injustificada línea de continuidad entre los persas aqueménidas, el Islam y los atentados de Al Qaeda[10]. Defender que la batalla de Maratón y la victoria moral de las Termópilas liberaron a Europa de la esclavitud y el despotismo oriental o que sin la victoria griega Europa estaría poblada de minaretes y nunca habría existido esa excelsa cota de civilización que simboliza Occidente es hacer historia ficción, tan farisea como la que hicieron no pocos autores griegos y romanos al hablar de los persas o del imperio aqueménida a través de las falsas inversiones, de las falsas analogías o de las falsas polaridades[11]. Quizás se nos acuse, como Plutarco a Heródoto, de *philobárbaros*, o de haber sucumbido al multiculturalismo y al relativismo, esa plaga que para cierto pensamiento reaccionario amenaza hoy a Europa y a su superior civilización. Pero ¡ay de la suerte de los vencidos! si además de los vencedores en el campo de batalla, los vencedores en la historia y en la tradición manipulamos y tergiversamos lo que sucedió realmente. Ello servirá sin duda, como sirvió en Grecia o en Roma, como un mecanismo de defensa

---

[6] J. Wolski, "ΜΗΔΙΣΜΟΣ et son importance dans la Grèce à l'époque des Guerres Médiques", *Historia* 22 (1973), 3-15; D. Gillis, *Collaboration with the Persians*, Wiesbaden, 1979; D. F. Graf, "Medism: the Origin and Significance of the Term", *JHS* 104 (1984), 15-30.

[7] G. F. Seibt, *Griechische Söldner im Achaimenidenreich*, Bonn, 1977.

[8] J. Hofstetter, *Die Griechen in Persien. Prosopographie der Griechen im Persischen Reich vor Alexander*, Berlín, 1978.

[9] E. Hall, "Asia unmanned: images of victory in classical Athens", en J. Rich - G. Shipley (ed.), *War and Society in the Greek World*, Londres, 1993, 107-133; P. Georges, *Barbarian Asia and the Greek experience. From the Archaic Period to the Age of Xenophon*, Baltimore-Londres, 1994.

[10] M. García Sánchez, "La representación del Gran Rey aqueménida en la novela histórica contemporánea", *Historiae* 2 (2005), 91-113; P. Cartledge, *Termópilas*, Barcelona, 2007; T.Holland, *Fuego Persa*, Barcelona, 2007; un sugestivo ensayo sobre las trampas y falsas esperanzas de los parabienes de cualquier imperialismo B. Lincoln, *Religion, Empire & Torture. The Case of Achaemenian Persia, with a Postscript on Abu Ghraib*, Chicago y Londres, 2007.

[11] A nuestro parecer, metodológicamente todavía no ha sido superado el trabajo de F. Hartog, *Le miroir d'Hérodote. Essai sur la représentation de l'autre*, París, 1980.

para cauterizar congojas y presuras, o para servir a intereses ocultos, pero la polaridad esclavitud asiática-libertad helena fue tan maniquea entonces como lo es no pocas veces ahora, tan falsa como la ecuación que ha equiparado en la larga duración al déspota y al bárbaro con el Gran Rey, a la barbarie y al salvajismo con el mundo oriental -árabe o musulmán en particular-, tan falaz como las máximas spenglerianas del tipo que siempre ha sido un pelotón de soldados el que a última hora ha salvado a la civilización. Mucha de esa cartografía de la memoria sobre las relaciones entre oriente y occidente se ha trazado, valiéndonos de la acertada expresión de Maurice Halbwachs, sobre no pocos *lieux de memoire* grecopersas[12], pero ha llegado el momento de corregir el mal hábito de revisitar dicha topografía legendaria una y otra vez para tan solo conmemorar en ella las efemérides de una memoria colectiva, identitaria y cultural demasiado propensa a más de una manipulación historiográfica.

Pasando a analizar cada uno de los retratos de los Aqueménidas, sería faltar a la verdad ocultar que Ciro el Grande fue un protagonista destacado en los espejos de príncipes de la antigüedad y que su retrato fue, en general, favorable tanto en las fuentes clásicas, recordemos a los socráticos y a los cínicos, como en la bíblica del libro de *Esdras* o en la tradición babilónica del *Cilindro de Ciro*. Los intelectuales griegos del siglo IV a.C., apologistas muchos de ellos de la monarquía frente a la radicalización de la democracia, vieron en el *casi espartano* Ciro, como el de la *Ciropedia* de Jenofonte[13], al soberano ideal, incluso aquellas voces críticas como Platón (Pl., *Ep.* II 31a; *Ep.* IV 320d; *Mx.* 239d; *Alc.* 1 105c), si bien en *Las Leyes* matizaba reprochándole el fatal error de haber delegado la educación del heredero en manos de eunucos, mujeres y conjuras de harén (Pl., *Lg.* 694c-695a). Autores como Isócrates, no obstante, rebajaron y no poco su admiración por Ciro (Isoc. IX, 38), incomparable con el descendiente de Heracles destinado a la conquista de Persia, Filipo de Macedonia; y si saltamos en el tiempo, y por citar algunos ejemplos de época romana, Cicerón (Cic., *Rep.* I, 27, 43-28, 44), Diodoro de Sicilia (D.S. IX, 22) o Dión Crisóstomo (D Chr. II, 77) vieron en el fundador del imperio aqueménida al modelo del rey sabio, justo, clemente y filántropo[14].

Si Ciro fue valorado favorablemente por la tradición, su hijo Cambises, sin dudarlo, se convirtió, junto con Jerjes y Darío III Codomano, en uno de los más ilustres perdedores aqueménidas. Cambises fue en la tradición clásica el paradigma del déspota enajenado y sacrílego y casi todas las fuentes vieron en su reinado el inicio de la decadencia del imperio aqueménida. En el caso de este Gran Rey la tradición griega bebió en otra tradición hostil, que por ósmosis y a través de Heródoto filtró tan sólo la infamia del Aqueménida: la de una parte de los sacerdotes egipcios, fuente del de Halicarnaso en su viaje por el país del Nilo (entre el 449 y el 430 a.C.) poco tiempo después de la revuelta indígena de Inaro (464-454 a.C.), contra la primera dominación persa de Egipto en época de Artajerjes I. Su locura, según Temistio, llegó a ser proverbial en todas las naciones y entre todos los pueblos (Them., *Or.* I, 7c) y, según Heródoto, no sólo mandó sacrificar sacrílegamente al buey Apis (Hdt. III, 29), sino que ultrajó la tumba del último faraón de la dinastía XXVI, Amasis, de quien llegó a profanar su momia quemando su cuerpo (Hdt. III, 16, 1-2), algo impensable en un mazdeísta, y aplicó sobre su persona una verdadera

---

[12] M. Jung, *Marathon und Plataiai. Zwei Perserschlachten als >>lieux de mémoire<< im antiken Griechenland*, Gotinga, 2006.

[13] Ch. Tuplin, "Xenophon, Sparta and the Cyropaedia", en: A. Powell–S. Hodkinson (eds.), *The Shadow of Sparta*, Londres, 1994, 127-181.

[14] W. Knauth-S. Nadjmabadi, *Das altiranische Fürstenideal von Xenophon bis Ferdousi*, Wiesbaden; 1975; S. W. Hirsch, *The Friendship of the Barbarians. Xenophon and the Persian Empire*, Hanover y Londres, 1985; J. Tatum, *Xenophon's Imperial Fiction. On The Education of Cyrus, Princeton*, 1989. Muchos más autores y pasajes se pueden ver en M. García Sánchez, *El Gran Rey de Persia*, 89-103.

damnatio memoriae[15], un hecho que no debería sorprendernos ni tenemos en cuenta que Amasis había sido el aliado de Babilonia, Lidia, Esparta y Samos contra el imperialismo de Ciro, circunstancia que explica que Cambises se vinculara a Ápries, el faraón depuesto por el astuto y arribista Amasis.

El caso Cambises es sumamente interesante porque aquí sí que podemos contrastar a los autores clásicos con las fuentes egipcias y descubrir que, entre otros, Diodoro de Sicilia (D. S. I, 46, 4-5), Estrabón (Str. XII, 27), Plutarco (Plu., *De Iside et Osiride* 44), Clemente de Alejandría (Clem. Al., *Prot.* IV, 52), la tradición paradoxográfica (Par. Pal. 18; Giannini, PGR XX) o el Séneca que vio en el Aqueménida el paradigma del soberano vencido por el vicio de la ira y por el vino (Sen., *Ir.* III, 14, 1; 20, 2)[16], un mal también idiosincrásicamente persa, siguieron a pie juntillas a Heródoto en las tergiversaciones que se llevaron a cabo sobre lo acontecido en Egipto durante la conquista persa en el 525 a.C.[17] Podríamos quizás disculpar a Heródoto por seguir demasiado fiel y acríticamente la hostilidad de unos resentidos sacerdotes egipcios que vieron cómo con la llegada de los persas perdían buena parte de sus privilegios inveterados, pero los documentos egipcios desmienten la impiedad y sacrilegios de Cambises: la estela del Serapeo de Saqqara conserva el epitafio del Apis enterrado el año 524 a.C. (Posener, nº 3 y 4) y en la estatua naófora de Udjahorresnet se presenta al Aqueménida como un devoto faraón que purificó el templo de Neith en Sais, restableció algunos de los ingresos de los templos y puso fin a los desórdenes que causaban los soldados persas (Posener nº 1F)[18]. Es cierto que, por contra, en el papiro demótico de Siut (Lycopolis) se señala que la mayoría de templos sufrieron una disminución de los ingresos en relación a la época de Amasis (Pap. dem. 215 verso), y la destrucción y saqueo de santuarios está documentada en un papiro arameo del 408 a.C. de la guarnición judía de Elefantina, pero en donde en cambio se nos informa de que los persas respetaron allí mismo un templo dedicado a Yavé (*AP*, Cowley 30-31; *DAE*, Grelot, 102). Pero es más que probable que todo ello se tratase de la situación de anarquía inmanente a cualquier proceso de conquista y la persofobia egipcia ni fue generalizada ni fueron pocos los egipcios que como Udjahorresnet colaboraron con los persas[19]. Tampoco nada sabemos por las fuentes egipcias sobre la funesta campaña del iracundo Cambises contra los etíopes macrobios (Hdt. III, 25, 1-2; Sen., *Ir.* III, 20), que en Heródoto inicia el tópico de la imprevisión y miopía estratégica de los Aqueménidas al planificar sus campañas militares, creyendo incautamente siempre que la superioridad numérica de sus ejércitos era su arma más letal y resolutiva. Lo más probable es que Cambises, siguiendo la estela

---

[15] A. B. Lloyd, *Herodotus. Book II. Introduction*, en M. J. Vermaseren (ed.), *Études préliminaires aux religions orientales dans l'empire romain* 43, Leiden, 1975, 43-49.

[16] M. García Sánchez, «Séneca y la educación del príncipe: el contramodelo Aqueménida», en J. F. González Castro *et alii* (eds.), *Perfiles de Grecia y Roma I. Actas del XII Congreso Español de Estudios Clásicos*, *Valencia, 22-26 de Octubre de 2007*, Madrid, 2009.

[17] Las fuentes egipcias están recogidas, entre otros, en G. Posener, *La première domination perse en Égypte*, El Cairo, 1936 y P. Grelot, *Documents araméens d'Égypte*, París, 1972. Más allá de las siempre reveladoras páginas de A. B. Lloyd sobre la dominación persa de Egipto, el sucinto resumen del dominio persa y la interacción entre expectativa, experiencia y recuerdo de J. Assmann (*Egipto. Historia de un sentido*, Madrid, 2005, 458-469) despejarán cualquier duda sobre cómo Alejandro o los Ptolomeos activaron la *mitomotórica* del mesianismo para oscurecer el recuerdo del infausto domino persa y presentarse como unos salvadores enviados por los dioses. Ya antes, en las épocas saíta y persa, Seth fue visto como un violento dominador extranjero que extiende la anarquía por todo Egipto y encarna el arquetipo del sacrílego, llegándose a denominar a Seth *el medo* en un ritual de execración contra Apopis de la Baja Época (*Papyrus Bremner Rhind*; *vid.* J. Assmann, *op. cit.,* 506 s.); M. García Sánchez, *El Gran Rey de Persia*, 103-110. D. Devauchelle, "Le sentiment anti-perse chez les anciens Egyptiens", *Transeuphratène,* 9 (1995), 67-80; S. Ruzicka, Trouble in the West. Egypt and the Persian Empire 525-332 BC, Oxford, 2012. Una puesta al día de la dominación persa de Egipto se encuentra en los trabajos reunidos en P. Briant - M. Chauveau (eds.), *Organisation des pouvoirs et contacts culturels dans les pays de l'empire achéménide*, París, 2009, 23-216.

[18] A. B. Lloyd, "The Inscription of Udjahorresnet: a Collaborator's Testament", *JEA* 68 (1982), 166-180.

[19] P. Briant, «Ethno-classe dominante et populations soumises dans l'empire achéménide: le cas de l'Egypte», en A. Kuhrt - H. Sancisi-Weerdenburg (eds.), *Achaemenid History III. Method and Theory. Prodeedings of the London 1985 Achaemenid History Workshop*, Leiden, 1996 (1988[1]), 137-173.

de los grandes faraones egipcios, pensase en impulsar una política expansionista en Nubia, pero su representación como enemigo de Egipto continuó a través de la flecha del tiempo y alcanzó a un texto copto titulado la *Conquista de Egipto por Cambises*, en donde se le compara con Nabucodonosor II y a los persas con los asirios, en el imaginario egipcio uno de los enemigos más feroces, por más que gracias a ellos la dinastía XXVI alcanzase el poder.

Más allá de la consideración de Heródoto sobre Darío I como mercader (*kápelos*) (Hdt. III, 89, 3; *cf.* Iul., *Or*. II, 85c-d), y de la Revuelta Jonia y la primera Guerra Médica, lo cierto es que, en general, y salvando algunos de los excesos inmanentes a la guerra, su valoración en las fuentes clásicas fue ponderada, cuando no sinceramente positiva[20]. Incluso el que llegase al poder mediante la astucia y quizás la usurpación -y no por ser el favorito de Ciro como en la ópera de Antonio Vivaldi *La incoronazione di Dario* (1717) (*cf. pharetrophóros* o portador del carcaj de Ciro, Ael., *VH*, XII, 43)-, no influyó en exceso negativamente sobre el retrato de su persona. Trogo-Justino veía en él a un rey valeroso (Just. I, 10, 13), Valerio Máximo destacó como un hecho memorable su heroísmo (V. Max. III, 2, *ext.* 2) y Eliano señaló como una de las virtudes sobresalientes del Aqueménida su clemencia (Ael., *VH* VI, 14), virtud ésta destacada en los espejos de príncipes de la antigüedad. Su sentido de la justicia fue recordado en las fuentes clásicas, así en Heródoto (Hdt. III, 120-8) o Platón (Pl., *Ep*. VII, 332 a-b), como si les hubiesen llegado noticias de que esta virtud era cardinal en las inscripciones aqueménidas (*DNb* § 2), y Diodoro de Sicilia nos transmite la noticia de que también en Egipto se le valoraba precisamente por su labor compiladora de leyes y su función como legislador equitativo y respetuoso con las tradiciones locales (D. S. I, 95, 4-5). Incluso contaba a su favor que cuando subió al trono era un simple particular (*idiótes*/*privatus*) (Hdt. VII, 3, 2-3; Pl., *Lg.* 694 c-d), un augurio u *omen* a priori favorable en buena parte de la reflexión en torno a las formas políticas en el mundo clásico. Ni en el caso de *Los persas* de Esquilo, no lo olvidemos un combatiente directo, un *marathonómachos*, en la batalla de Maratón (A., F 773 Mette= 162 Radt), un contexto propicio como pocos para rememorar la topografía legendaria de los *lieux de memoire*[21], el retrato de Darío estuvo condicionado por el resentimiento. Todo lo contario, el Gran Rey fue presentado como un dios que nunca hizo daño a nadie, como el reverso de la *hýbris*, la ceguera y la obcecación (*áte*) de su hijo Jerjes[22].

Fue Jerjes, si no el que más, sí otro de los perdedores aqueménidas más ilustres de la tradición clásica: déspota, víctima de su inconmensurable soberbia y arrogancia (*hýbris*), como diría Dante en el purgatorio de la *Divina comedia*: *ejemplo del humano desvarío*. El retrato de Esquilo pesó como una losa insalvable en la larga duración, casi una caricatura de amoralidad que ha alcanzado al cómic y a la gran pantalla con *300* de Frank Miller y Zack Snyder, y su representación como paradigma del déspota cruel y arbitrario catalizó más que nada y nadie la persofobia y la sed de venganza griega, como podemos leer en el panhelénico Isócrates (Isoc. XII, 157-8; 195), o en el uso que de su figura hizo el mismísimo Alejandro. Jerjes reunió en su carácter las peores faltas para la moral helena y romana: la soberbia (*hýbris*), la impiedad (*asébia*), el exceso (Lys. II, 27-29)... y, cómo no, la cobardía (*anandría*), siendo el primero en abandonar la contienda y a sus hombres cuando la fortuna no se mostraba propicia y la situación se daba ya por perdida (Hdt. VIII, 97), inicio del

---

[20] Las relaciones grecopersas no fueron en la realidad tan negativas como la imagen que se fijó en el imaginario y que pasó a la tradición. *Vid.* A. Ruberto, *Il Gran Re e I Greci un dialogo possibile. Vincoli personali e collaborazioni militari dal 546 al 479 a.C.*, Todi, 2009.

[21] Sobre el papel ideológico de los *marathonómachoi*, N. Loraux, «Marathon ou l'histoire paradigmatique», en *L'invention d'Athènes. Histoire de l'orasion funèbre dans la <<cité classique>>*, París, 1981, 157-173; Fr. Prost, «Les combattans de Marathon: ideológie et société hoplitiques à Athènes au Ve s.», en F. Prost (ed.), *Armées et sociétés de la Grèce classique. Aspectes sociaux et politiques de la guerre aux Ve et IV e s. av. J.-C.*, París, 1999, 69-88; M. Jung, *op. cit.*, 13-26.

[22] Th. Harrison, *The Emptiness of Asia. Aeschylus' Persians and the History of the Fifth Century*, Londres, 2000.

mal hábito de algunos de los Aqueménidas, la huída infame, que llegó a sublimarse, a la exaltación extrema o paroxismo en el caso de esa tradición también hostil contra Darío III Codomano. Incluso el plátano de Lidia que Jerjes aderezó con oro y puso bajo la custodia de un inmortal (Hdt. VII, 31) en su camino hacia Sardes y antes de su salto a Europa, que se convirtió en la tradición clásica en un motivo de fatuidad ridícula e indecorosa (D. Chr. XLVII, 15; LVII, 12; Ael., *VH* II, 14; IX, 39), alcanzó la tradición de la ópera, como en la bellísima aria *Ombra mai fù* del *Serse* autócrata, melancólico, frívolo y ensimismado de Georg Friedrich Händel (1737-8)[23], que quizás se inspiró en la opera cómica *Xerxe* de Francesco Cavalli (1654). También Ctesias[24] gustó de presentar a Jerjes haciendo avanzar a sus ejércitos a golpe de látigo (Ctes., *FGrHist*. 688, F 13, 27) y Platón vio en su figura el paradigma del autócrata (Pl., *R.* 336a; *Grg.* 483d)[25]. En la tradición romana Valerio Máximo se sirvió de él para definir el orgullo, la arrogancia y la lujuria (V. Max. IX, 5, *ext.* 2; IX, 13, *ext.* 3), Trogo-Justino lo ridiculizó como el *primus in fuga, postremus in proelio* (Just. II, 10, 23-24; 11, 1), para Dión de Prusa fue el paradigma de la codicia (D. Chr. XVII, 14-15) y Temistio, en un panegírico dedicado a Teodosio, vio en él más que a un hombre a una alimaña (Them., *Or.* XIX, 226b), una tradición inapelablemente hostil en la larga duración[26]. La tradición bíblica, en cambio, fue más benévola, presentando a Jerjes en el *Libro de Ester* como un rey enamorado, banqueteando permanentemente en su palacio de Susa, rodeado de todas sus esplendorosas riquezas e implacable con la percepción del tributo, una historia convertida en el oratorio *Esther* por Georg Friedrich Händel (1732), trasladada a la gran pantalla en *One Night with the King* por Michael O. Sajbel (2006). Esa imagen de Jerjes enamoradizo fue la que por otra parte gozó de mayor fortuna en la ópera.

La cerámica también se sirvió de las iconografías bárbaras para plasmar en elocuentes imágenes la derrota de los persas[27] (Fig. 1), e incluso Micón o Panaino representaron la batalla de Maratón en los frescos perdidos para nosotros del pórtico Pecile (Paus. I, 15, 1) mediante la lucha entre griegos y amazonas, *marathonómachoi* y bárbaros, helenos valientes contra persas huidizos y esquivos (Paus. I, 15, 3; D., *Callic*. 94; Plin., *HN.* XXXV, 57), por no recordar a los persas esculpidos en mármol de Frigia sosteniendo un trípode de bronce en el templo de Zeus Olímpico de Atenas (Paus. I, 18, 8), que sirvieron también de modelo a los romanos para la

Fig. 1. Copa Edimburgo 1887.213 (pintor de Triptólemo); *ca*. 480 a.C.

[23] Georg Friedrich Händel utilizó la historia y los motivos de la Persia antigua o de otros reinos iranios en algunas de sus óperas y oratorios, así en *Siroe, Rè di Persia* (1728) o *Sosarme, Rè di Media* (1732).

[24] Ver J. Wiesehöfer - R. Rollinger - G.B. Lanfranchi (eds.), *Ktesias' Welt/Ctesias' World*, Wiesbaden, 2011.

[25] E. Lévy, "Platon et le mirage perse: Platon *Misobarbaros*?", en P. Carlier (ed.), *Le IVe siècle av. J.-C. Approches historiographiques*, París y Nancy 1996, 335-350; M. García Sánchez, «Los intelectuales griegos y la monarquía aqueménida: discusiones de escuela y realidad política» en B. Antela-D. Gómez-J. Pascual (eds), *La Polis en Crisis. Actas de la I Reunión de Historiadores dels s. IV a.C. griego. Barcelona 12 y 13 de diciembre de 2011*, Madrid, (en prensa).

[26] M. García Sánchez, *El Gran Rey de Persia*, 125-135.

[27] H. Schoppa, *Die Darstellung der Perser in der griechischen Kunst bis zum Beginn des Hellenismus*, Heidelberg, 1933; A. Bovon, "La représentation des guerriers perses et la notion de barbare dans la 1re moitié du Ve siècle", *BCH* 87 (1963/2), 579-602; M. C. Miller, *Athens and Persia in the fifth century BC. A study in cultural receptivity*, Cambridge, 1997; M. García Sánchez, *El Gran Rey de Persia*, 297-321.

representación de su alteridad, en este caso la de los partos arsácidas[28]. El poder de las imágenes para ilustrar a una sociedad precariamente letrada y en pleno proceso de superación de la oralidad, iconografías bárbaras que fijaron una imagen de los persas como perdedores de larga duración y una manera elocuente de representarse a la alteridad, de simbolizar el triunfo de la civilización frente a la barbarie, de la libertad helena frente al despotismo asiático. Iconografía cerámica en la que los persas aparecen frente a los hoplitas ganadores griegos mayoritariamente como arqueros con su carcaj, arma ésta, el arco (Fig. 2), que combate desde la lejanía, evitando el cuerpo a cuerpo, cobarde como pocas en la moral marcial griega[29]; en donde se muestra la desnudez o semidesnudez helena frente al atuendo bárbaro persa que hacía uso del pantalón y del bonete (Fig. 3), un mecanismo, el del vestido, privilegiado para representar a la alteridad, como las amazonas vestidas a la persa, a la par que los troyanos[30], símbolo sin duda del bárbaro o del persa y que cambiaron su vestido escita por el persa en la iconografía cerámica tras la campaña de Jerjes. Centauromaquias y gigantomaquias que aludían también al triunfo del orden sobre el caos, de la medida griega frente al exceso bárbaro y oriental (Paus. I, 18, 2). Una manera extraña, pues, para la moral helena de hacer la guerra la de los persas, evitando el cuerpo a cuerpo de las espadas y los escudos, y disparando sus arcos siempre desde la cobarde distancia (A., *Pers.* 232-244; 278, 729, 817, 926; Hdt. V, 49, 3-4; V, 97, 1)[31], e inclinados, como bárbaros que eran, a mutilar encarnizadamente los cuerpos de sus enemigos vencidos, como

Fig. 2. Enócoe Boston, *ca*. 460 a.C.

---

[28] *Vid.* R. M. Schneider, *Bunte barbaren. Orientalenstatuen aus farbigem Marmor in der römischen Repräsentationskunst*, Worms, 1986; R. M. Schneider, „Friend and Foe: the Orient in Rome“, en V. Sarkhosh Curtis (ed.), *The Age of the Parthians*, Londres, 2007, 51; R. M. Schneider, „Die Faszination des Feindes. Bilder der Parther und des Orients in Rom“, en J. Wiesehöfer (ed.), *Das Partherreich und seine Zeugnisse,* Stuttgart, 1998, 113-116; A. Landskron, *Parther und Sasaniden. Das Bild der Orientalen in der römischen Kaiserzeit*, Viena, 2005, 94-98; M. García Sánchez - M. Albaladejo Vivero, „Römische Identität und parthische Kleidung“, *Mannheimer Geschichtsblätter* 19 (2010), 133-140.

[29] Sobre el vestido militar y las armas persas S. Bittner, *Tracht und Bewaffnung des persischen Heeres zur Zeit der Achaimeniden*, Múnich, 1985. Sobre los ejércitos aqueménidas puede verse también N. Sekunda, „Achaemenid military Terminology“, *AMI* 21 (1988), 69-77; N. Sekunda, *El ejército persa, 560-330 a.C.*, Barcelona, 2009; D. Head, *The Achaemenid Persian Army*, Stockport, 1992; Ch. Tuplin, “Xenophon and the garrisons on the achaemenid Empire”, *AMI* 20 (1987), 167-245; Ch. Tuplin, “Persian Garrisons in Xenophon and other Sources”, en: A. Kuhrt - H. Sancisi-Weerdenburg (eds.), *Achaemenid History III. Method and Theory. Proceedings of the London 1985 Achaemenid History Workshop*, Leiden, 1988, 67-70. K. Farrokh, *Shadows in the Desert. Ancient Persia at War,* Oxford, 2004, 12-111.

[30] D. Lenfant, “L’amalgame entre les Perses et les Troyens chez les grecs de l’époque classique: Usages politiques et discours historiques”, en: J. M. Candau Morón - F. J. González Ponce - G. Cruz Andreotti, *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad. Actas del Simposio Internacional celebrado en Sevilla, Valverde del Camino y Huelva entre el 22 y el 25 de abril de 2003)*, Màlaga, 2004, 77-94.

[31] F. Echeverría Rey, “La guerra extraña. La tradición militar griega y las formas extrañas de hacer la guerra”, en C. Fornis - J. Gallego - P. López Barja - M. Valdés (eds.), *Dialéctica Histórica y Compromiso Social. Homenaje a Domingo Plácido Suárez, Madrid, 2010, 897-916.*

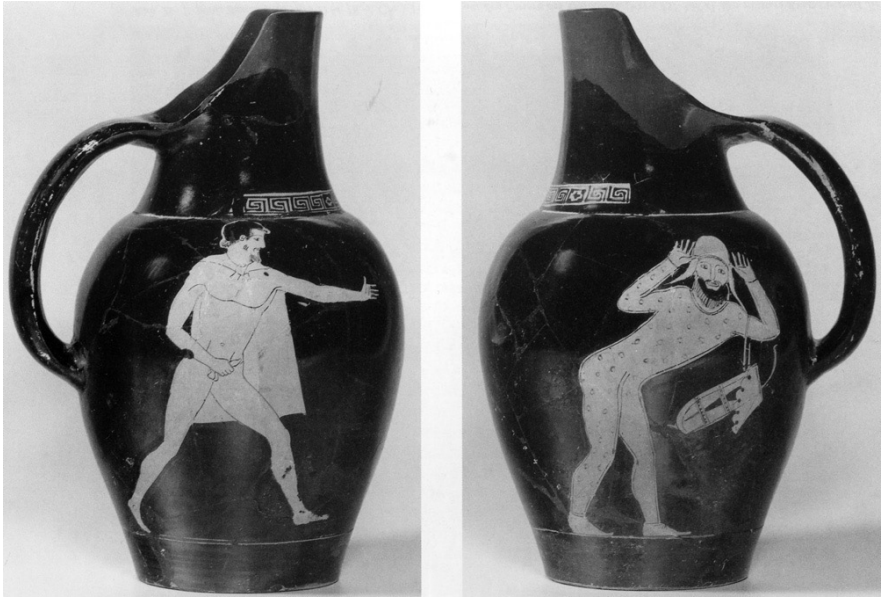

Fig. 3. Enócoe ática de figuras rojas; *ca*. 460 a.C.

en el caso de Leónidas (Hdt. IX, 79, 1)[32], otro vicio, el de las mutilaciones, inmanente al mundo oriental para el imaginario occidental.

Parece, sin embargo, como si entre Jerjes y Darío III Codomano las fuentes se otorgaran una tregua con los Aqueménidas, aunque sin abandonar nunca la técnica del claroscuro, la sombra de la sospecha. Buena parte de los tópicos sobre el Gran Rey y los persas se siguieron repitiendo una y otra vez, pero todo indica que con la mala imagen de Jerjes se consiguió demonizar de tal manera a los persas que ya no hizo falta cargar en exceso las tintas con sus sucesores. Es posible que incluso los autores clásicos acabasen por valerse del nombre de Jerjes como sinécdoque del contramodelo aqueménida, o que tan solo con referirse al Rey o al Gran Rey hubiese suficiente para simbolizar la soberbia y la molicie persa[33]. Se da la circunstancia, además, que la información sobre monarcas como Artajerjes I, Darío II o Artajerjes III es más bien precaria[34].

Artajerjes I fue tratado con un enorme respeto (Nep., *Reg.* 1, 4; Plu., *Art.* IV, 4; Ael., *VH* I, 33-34) y visto como un rey bondadoso y justo que sofocó la conjura de harén que acabó con la vida de su padre, Jerjes, un motivo que Pietro Metastasio convirtió en libreto operístico y que fue utilizado por los compositores Thomas Arne (1762), Christoph Willibald von *Gluck (1741)*, Johann Christian Bach (1760) y el catalán Domènec Terradellas (1744), entre una cuarentena de músicos que hicieron arreglos sobre dicho libreto, entre ellos un pequeño gran genio de nueve años de edad, Wolfgang Amadeus Mozart, en el aria para soprano y orquesta *Conservati fedele* (K. 23).

---

[32] N. Fields, *Termópilas, la resistencia de los 300*, Barcelona, 2009.

[33] Eso explicaría que entre los oradores del siglo IV a.C. se desconocía el nombre de los Grandes Reyes posteriores a Jerjes. *Vid.* D. Lenfant, «Les rois de Perse vus d'Athènes», en M. Serwanski (ed.), *Les Grands Hommes des Autres. Actes du Xe Colloque Poznan-Strasbourg des 4-6 nov. 1998*, Poznan, 1999, 42-44; los capítulos *ad hoc* en D. Lenfant (ed.), *Les perses vus par les grecs. Lire les sources classiques sur l'empire achéménide*, París, 2011; M. García Sánchez, «Los intelectuales griegos y la monarquía aqueménida: discusiones de escuela y realidad política».

[34] M. García Sánchez, *El Gran Rey de Persia*, 135-154.

Darío II fue visto como un soberano justo con los hombres y piadoso con los dioses (Ath. 548E), con la excepción de las Helénicas de Oxirrinco en donde se denuncia la codicia del rey en la percepción del tributo (*Hell. Oxy*. XIX, 2 Bartoletti), otro tópico de la tradición clásica y de la historiografía. De Artajerjes II se censuró el que estuviese rodeado de eunucos y mujeres y fuese una marioneta en manos de su madre Parisátide, como leemos en Ctesias, en la *Vida de Artajerjes* de Plutarco o en la novela de Caritón de Afrodisias *Quéreas y Calírroe*, y en donde se nos recuerda que los persas por naturaleza se volvían locos por las mujeres (Charito V, 2, 6), siendo la mujer persa otra ilustre perdedora de la antigüedad[35]. Quizás esas manipulaciones revelen una manera de minimizar la ofensa que suponía el que un Gran Rey, mediante la Paz de Antálcidas o del Rey del 386 a.C. (Pl., *Mx.* 245b-e), hubiese encontrado una forma de dirigir la política griega entre bastidores y contando, como siempre, con sus quintas columnas en territorio heleno entre los que *medizaron*. Así, en su panhelénico *Agesilao*, Jenofonte censuraba el lujo que rodeaba a Artajerjes II, mientras que en su *Económico* o en la *Anábasis* encomiaba sin paliativos al helenizado y malhadado Ciro el Joven, caído en la batalla de Cunaxa (401 a.C.), la misma valoración que sobre Ciro leemos en las páginas de Plutarco (Plu., *Reg. et imp. apophth.* = *Moralia* 173E-F).

En la descripción de la personalidad de Artajerjes III, en cambio, se dio una mezcla del carácter enajenado de Cambises con la crueldad e ira sanguinaria de Jerjes, y si bien algunos autores como Demóstenes aceptaron el oro del rey para contrarrestar el avance macedonio de Filipo (Plu., *Dem*. XX), la tradición fue tan parca como mordaz sobre la *anandría* y crueldad desatada (V. Max. IX, 22 ext. 7; Just. X, 3, 1) del Gran Rey, así como sobre su toma de la púrpura gracias a las males artes de la intriga y la conjura de harén, otro de los ubicuos tópicos sobre la alteridad persa en el imaginario clásico (Isoc. V, 99-102; Plu., *Art*., XXIII, 3-7; XXIX; Just. X, 2, 6). El Egipto de Nectánebo II, como antes en el caso de Cambises con Amasis, volvió a ser la tierra de los excesos e impiedades de Artajerjes III, y todas y cada una de sus sacrílegas acciones sospechosamente un calco de los mismos desvaríos que ya antes había llevado a cabo Cambises en el país del Nilo (D. S. XVI, 51, 2; XVII, 5, 3; Ael., *VH* VI, 8).

Finalmente, el caso de Darío III Codomano es sumamente revelador para nuestro propósito porque a través de su figura se articuló una retórica sobre la derrota, sobre el perdedor, sobre el rey fugitivo y medroso, que halló también su plasmación iconográfica en la cerámica, en el conmovedor mosaico de la batalla de Isos de la casa del Fauno de Pompeya, en la novela histórica o en el cine de la mano de Oliver Stone, de cuyo Darío Peter Green observó, quizás algo forzadamente, que tenía una cierto parecido con Osama bin Laden. De nuevo, pues, la línea de continuidad entre los persas y el mundo árabe actual. De lo que no cabe duda es de que en todos los casos la imagen del Aqueménida siempre estuvo condicionada por la alargada sombra del Macedonio[36].

Si bien de los historiadores de Alejandro no conservamos valoraciones sobre Darío III, en Diodoro, Plutarco, Curcio, Arriano o el Pseudo Calístenes sí hallamos múltiples juicios de valor sobre la moral y *anandreía* del Gran Rey, puntualizando no obstante de antemano que las tradiciones en las que bebieron dichos autores no debieron mostrar seguramente todas el mismo grado de hostilidad hacia el Aqueménida. Sobre dicho soberano la mayoría de escenas en las que es protagonista están relacionadas directamente con la contienda militar, y aunque el desenlace fue el que fue, las

---

[35] M. Brosius, *Women in Ancient Persia (559-331 BC)*, Nueva York 1996 y 1998; M. García Sánchez, "Miradas helenas de la alteridad: la mujer persa", en C. Alfaro (ed.), *Más allá de la 'labor matronalis': aspectos del trabajo profesional femenino en el mundo antiguo, Saitabi* 49 (1999), 45-76; M. García Sánchez, *El Gran Rey de Persia*, 177-204.

[36] C. Nylander, "Darius III - the Coward King. Point and Counterpoint", en J. Carlsen *et alii* (eds.), *Alexander the Great. Reality and Myth*, Roma, 1993, 145-159; A. Cohen, *The Alexander Mosaic. Stories of Victory and Defeat*, Nueva York, 1997; P. Briant, *Darius dans l'ombre d'Alexandre*, París, 2003; P. Briant, *Lettre ouverte à Alexandre le Grand*, París, 2008.

valoraciones sobre el coraje o el buen hacer como estratega de Darío III no siempre fueron igual de infamantes. Diodoro no se mostró excesivamente hostil frente a Darío III, incluso rememoró una *monomachía* contra un guerrero cadusio cuando todavía era un simple pero valeroso particular (D. S. XVII, 6, 1-34). Simplemente, el sículo atribuyó su derrota a que frente al Aqueménida se oponía un estratega mejor: Alejandro (D. S. XVII, 73, 4), si bien su huida no dejó tampoco de ser censurada desde un punto de vista moral (D. S. XVII, 34, 5-9; 60). Plutarco no sólo se mostró hostil hacia Darío III, sino que además censuró la paulatina orientalización de Alejandro, su inclinación a sucumbir a la molicie y soberbia asiática en sus usos y costumbres y su progresiva conducta como déspota oriental, quizás como el último de los Aqueménidas[37]. Fue el de Queronea uno de los autores que más abusó de la imagen del Darío medroso, cobarde y en fuga permanente (Plu. *Alex.* XXXII, 3; XXXIII, 8). En Curcio, Darío se muestra arrogante con el Macedonio (Curt. IV, 1, 7-8) y nos es presentado como un sucesor indigno en el trono aqueménida (Curt. VI, 3, 12-3), censurándose sin paliativos lo inapropiado de un soberano y unos ejércitos persas que acudían al campo de batalla acompañados de toda la suntuosidad oriental (Curt. III, 3, 17-19), la misma que venció a Alejandro al sucumbir a las costumbres extranjeras (Curt. VI, 2, 1-2). Pero es sin dudarlo en el discurso de Arriano de Nicomedia donde la iniquidad contra Darío III afloró con más virulencia: ingenuo, pésimo estratego, medroso (Arr., *An*. II, 11, 4; II, 13; III, 19, 4; III, 20-22), los mismos vicios que sumados a la vanidad, la megalomanía y el ensimismamiento dominan también el carácter del Aqueménida en el Pseudo Calístenes, cumpliendo con todos los excesos de la soberbia y la molicie persa (Ps-Callisth. I, 36), una imagen que perduró en la versión popular del mismo, en la anónima *Nacimiento, hazañas y muerte de Alejandro de Macedonia*, la de la mala fortuna de este ilustre perdedor aqueménida, y que alcanzó también a la tradición romana con Trogo-Justino (Just. XI, 9; 14) o Tito Livio (Liv. IX, 17, 16).

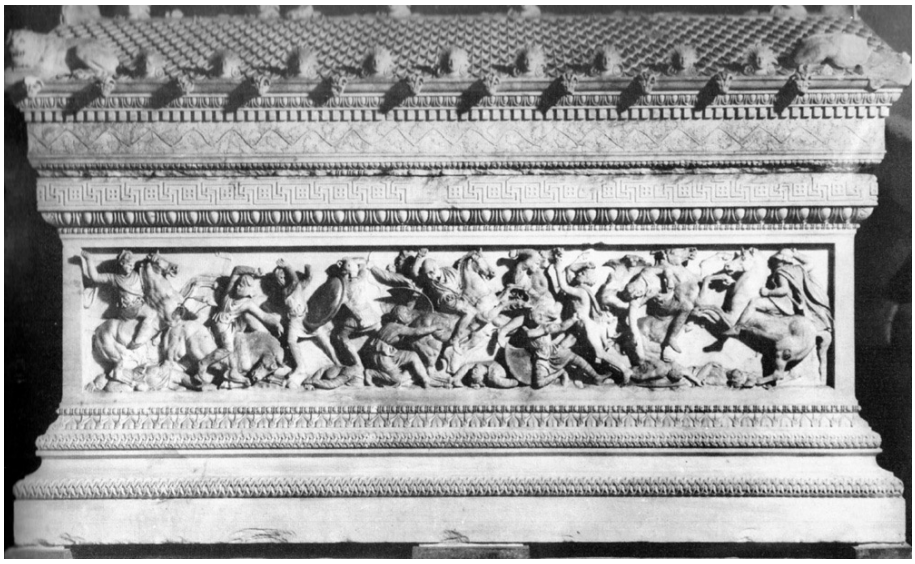

Fig. 4. Sarcófago de Alejandro.

[37] P. Briant, «Des Achaéménides aux rois hellénistiques: continuités et ruptures», *ASNP* 9 (1979), 1414 (=*Rois, tributs et paysans. Études sur les formations tributaires du Moyen-Orient ancien*, París, 1982, 330); P. Briant, *Histoire de l'empire perse. De Cyrus à Alexandre*, París, 1996, 896; J. Seibert, „Das Bild Alexanders des Großen als Großkönig", en V. Lica (ed.), *Festschrift für Gerhard Wirth zum 80. Geburtstag*, Galatzi, 2006, 105-121; R. Lane Fox, "Alexander the Great: 'Last of the Achaemenids'?, en Ch. Tuplin (ed.), *Persian Responses. Political and Cultural Interaction with(in) the Achaemenid Empire*, Swansea, 2007, 267-311.

Son varias las fuentes iconográficas que nos representan el naufragio de la derrota persa frente al Macedonio[38]: el sarcófago de Alejandro (Fig.4); también iconografía cerámica apulia de un Darío huidizo y fugaz frente a un impertérrito Alejandro (Fig.5); y por supuesto la épica de la victoria y la infausta debacle de la derrota, la *vis tragica* del Mosaico de la Casa del Fauno (Fig.6), inspirado quizás en un fresco de Filóxeno de Eretria pintado para Casandro (Plin., *Nat.* XXXV, 110), la del impotente Darío que huye con un rostro desencajado por el estupor, pero también, como supo interpretar J. W. Goethe (en respuesta al arqueólogo W. Zahn, que le envió cinco meses después del descubrimiento del mosaico un primer esbozo), mostrando su humanidad

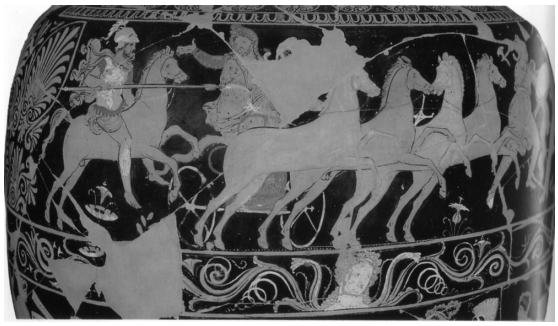

Fig. 5. Ánfora apulia de Ruvo atribuida al pintor de Darío, *ca*. 330 a.C.

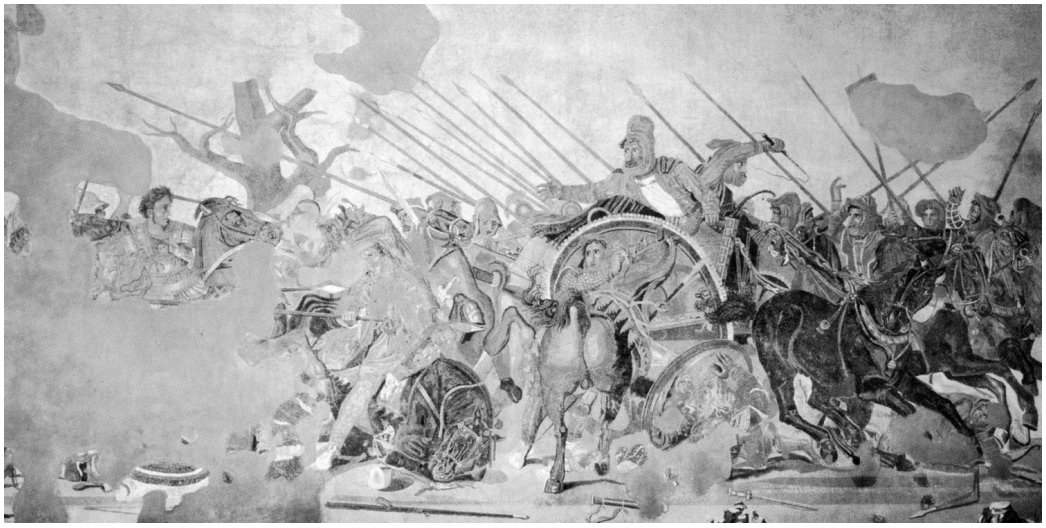

Fig. 6. Mosaico de la Batalla de Isos (Pompeya).

y sin sobreponerse de la conmoción tras abandonar a sus hombres y verlos pese a todo, pese a su indigna conducta, tan sacrificados (Fig.7). La mirada perdida reflejada en el escudo del soldado que siente que todo está ya perdido o el pasmo de aquel otro que, estupefacto y atónito, se lleva la mano a la cabeza como si no fuese capaz de comprender lo que realmente

Fig. 7. Detalle del Mosaico de la Batalla de Isos (Pompeya).

[38] M. García Sánchez, *El Gran Rey de Persia*, 298, 304, 321-325.

sucede, y frente a ese semidivino e idealizado Alejandro, son elocuentes imágenes de la derrota, imágenes de perdedores por antonomasia.

La denominación, pues, como Grandes Reyes fue en las fuentes clásicas sólo nominal, un mero *flatus vocis*, por la extensión de su imperio y de su poder, pero casi nunca por su estatura moral, por sus virtudes políticas o castrenses, tampoco jamás por las realizaciones culturales de los persas aqueménidas. La cobardía y bajeza moral, la soberbia y la molicie, su actitud como guerreros fugitivos y medrosos, maliciosos (Pol. III, 6, 12), definió para la tradición clásica la conducta de la mayoría de los Aqueménidas. Incluso los motivos que impulsaron a los reyes persas a sus campañas de conquista fueron ridiculizados en las fuentes mediante la retórica del tópico, del cliché deformador, de la frivolidad y de la caricatura: un Ciro ávido de sangre murió a manos de la reina de los maságetas, Tomiris, porque su insaciable imperialismo le hizo creer orgullosa y altivamente que era mucho más que un simple mortal (Hdt. I, 204, 2); Cambises invadió Egipto a causa de dos mujeres, las hijas de los faraones Ápries y Amasis, y después de haber oído que las egipcias superaban a todas las mujeres en el lecho (Ctes., *FGrHist*. 688, F 13a); Darío I inició la conquista de Grecia porque Atosa estaba deseosa de contar con esclavas laconias, argivas, áticas y corintias (Hdt. III, 134, 5); Jerjes, en cambio, porque no soportaba la idea de no poder satisfacer su paladar sibarita con higos áticos (Dino, *FGrHist*. 690, F. 12)[39],… Nunca por verdaderas razones de política internacional, nunca racionalizando los motivos que impulsaban a un imperio a fijar sus fronteras siempre un poco más allá.

Deviniendo la cobardía, la molicie, el afeminamiento y la soberbia la segunda naturaleza de los Aqueménidas, su gran cantidad de vicios, sus incontables delitos y faltas, su antiheroísmo, su antimoral del exceso y lo superlativo, los transformaron en la tradición clásica de vencedores en la política real en perdedores por antonomasia en el imaginario, en la larga duración, pasando a formar parte desde entonces (*¡vae victis!*) de la nómina de los más ilustres e insignes perdedores del mundo antiguo y muy poco hay en las fuentes clásicas o en la historiografía hasta hace bien poco tiempo que permita defender lo contrario.

[39] Sobre los excesos de mesa del Gran Rey, M. García Sánchez, *El Gran Rey de Persia*, 327-351.